

no comprenden... no se les enseña nada».

Mas, como abriera Gillilo su libro, sonó la última campanada de las doce...

Taxis, siempre puntual, se hizo anunciar.

VIII

CÓMO TAXIS PRETENDIÓ SEGUIR EL EJEMPLO DE LA HERMOSA TIRRETA

Todo aquello que hace que los hombres dependan unos de otros respecto á sus placeres, contribuye en grado sumo á dar á sus costumbres una impresión de ternura y de humanidad, tan necesaria á la dicha de la sociedad en general; por eso se ha notado que los hombres poco favorecidos por la naturaleza son los más insociables de los mortales.

FRERON. — 1776.

El hugonote, con aire á la vez sumiso y vano, cerrados los ojos y abierta la boca, saludó.

En seguida se sentó de medio lado Diana la Copetuda, ostentando el volverle la espalda. Apoyando su brazo derecho sobre el respaldo, alzó blan-

damente su mano izquierda hacia el paje y le dijo :

— ¿Por qué no lee usted?

— Señora, contestó Gilillo, todos mis versos pueden ser puestos en manos de las jóvenes, pues hablan precisamente de lo que más les interesa. Pero no están escritos para Taxis, y mientras esté aquí el Sr Taxis, pido á usted permiso para no darle motivo á escándalo.

— ¡Ay de aquel por quien haya escándalo! dijo Taxis lúgubrementemente. Pero es necesario que haya escándalo. Pero es necesario que haya escándalo...

— ¿Quién es ese señor? murmuró Filis.

— Tiene mal aspecto, dijo Galatea.

— ¿Has visto sus manos

— ¡Y qué pescuezo!

— ¡Y qué dentadura!

— ¡Y qué barba!

— Pues, ¿y su corbata? ¡Vaya una corbata!

— ¡Qué feo debe de estar desnudo! Hace bien en vestirse.

Mientras, Taxis se acercaba al Rey :

— Señor, dijo en alta voz, tengo la honra de pedirlos que me escuchéis en particular. Se trata de un asunto suma-

mente graye. Me atrevo á recordaros que, á partir de medianoche, Vuestra Majestad se digna honrarme con su confianza, é insisto para ser oído.

— Nos retiramos, dijo el Sr Lebirbe

— No, dijo Pausole. Quédense...

— En ese caso, ya no puedo hablar, dijo Taxis.

— ¡Ah qué fastidio, repitió el Rey, que fastidio! ¿No puede usted tomar sus resoluciones solo sin venir á molestarme á semejante hora?

— ¿Vuestra Majestad dará por bien hecho lo que yo haga?

— Por supuesto.

— Basta.

Y, dirigiéndose hacia el paje:

— ¡Queda usted detenido!

— ¡Cielos! exclamó la señora de Lebirbe.

— ¡Un momento! dijo Pausole. Está usted loco, amigo mío; me veré obligado á destituirle á usted si se conduce de manera tan grósera con mi mejor paje, en casa del más digno de mis súbditos. Señora, le ruego á usted olvide una escena deplorable y que me enoja en sumo grado. Taxis es un funcionario laborioso, á veces útil, pero de un celo

excesivo y cuyo juicio está trastornado por no sé qué moralismo extravagante y chinesco. Pide á ustedes que perdonen y olviden las palabras que acaba de pronunciar aquí.

No obstante, los esposos Lebirbe, asustados por el incidente, insistieron para que terminara el Rey aquel conflicto fuera de su presencia, y se retiraron llevándose á sus hijas.

Tan pronto como quedó cerrada la puerta, Pausole dijo:

— Amigos míos, estoy harto de separaros y de dar razón á uno ó á otro. Arreglen este asunto entre ustedes, y, sobre todo, hagan que sea breve.

Después, atravesó el salón y fué á sentarse afectuosamente al lado de Diana la Copetuda.

Gilillo, con los brazos cruzados detrás de la espalda, se reservaba.

Taxis, desde cierta distancia, soltó este vibrante apóstrofe:

— ¿Por lo visto, caballero, es en usted un principio? Se ha propuesto usted designar cada día á una desgraciada moza, criada ó campesina, para hacerla ultrajar por una turba ebria de estupro y de lujuria...

— ¿Ultrajar? dijo suavemente Gilillo.

— ¡Ayer, ataba usted sobre su cama á una camarista del Rey para entregarla á los desmanes de doce pilletes! ¡Y, esta noche, envía usted á un bosque á una moza de alquería para saciar los apetitos de cuarenta sátiros!

— ¡Cuarenta hombres escogidos por usted, Señor Taxis, es decir, la flor y nata de la guardia real! ¿Y así se conducen en cuanto se les confía una mujer? ¡Ah qué flaca, pero qué flaca es la carne!

— Jamás saldrá de mi memoria el espectáculo que he tenido que contemplar. Jamás, quizá, haya habido tal orgía á la faz del cielo desde las tristes edades del paganismo, y, de no haber estado prevenido, creyérame transportado por diabólico ensueño á las seminias de Suburra, á los lupanares de Capua... La desgraciada muchacha tenía abiertos los cuatro miembros en la más crítica de las posturas, en medio de cinco ó seis soldadotes que la manchaban, no sé cómo, pero todos á la vez, mientras los demás cantaban una canción del infierno, bailando alrededor de la víctima.

— ¿Y la víctima, trataba de desasirse?

— ¡No, era estoica! Ulcerada, no lo

dudo, ulcerada interiormente por las violencias que sufría, y más aún por el escándalo que sus miradas presenciaban, no asomaba contrariedad alguna en su semblante. Su valentía era la de una mártir. Bajo el ultraje, tendía la otra mejilla, pedía nuevos tormentos. ¿Tenía pecados que expiar? Lo ignoro; pero, en las convulsiones de la agonía, la sublime joven se regocijaba. ¡Ella misma me lo ha gritado con valor y altivez!

— Ya lo ve usted, dijo Gilillo, jamás les parece á las mujeres estar demasiado rodeadas.

Al oír esto Diana la Copetuda, suspiró largamente.

Pero Taxis retemblaba de ira y agitaba dedos frenéticos.

— ¡Ría usted! dijo. ¡Diviértase! ¡Su risa de usted es siniestra, joven! Es usted dañino y lascivo. ¡Tiene usted el alma de un Borgia! de un Richelieu! de un Heliogábalo!...

Gil dió un paso hacia adelante é interrumpió:

— Caballero, siento admiración sin límites por Heliogábalo, y me complace sobremanera el que me encuentre usted parecido con él...

— ¡Ah!...

— ... Pero hace usted sus comparaciones históricas en un tono que me disgusta...

— Caballero...

— Y puesto que el Rey nos autoriza á que zanjemos esta cuestión entre nosotros...

— Sin embargo...

— ... Exijo que se retracte usted...

— ¡Jamás!

— ... Ó que fije usted conmigo, sin intermediario ni demora alguna, las condiciones de un....

— ¡Tampoco!

Taxis, de temperamento violento pero medroso, retrocedía de un paso á cada palabra. Chocó contra la puerta, la abrió, quiso desaparecer...

Gilillo le seguía y le agarró del brazo.

En la pieza en que juntos penetraron, Filis y Galatea esperaban, en compañía de sus dignos padres, el resultado de una conferencia cuyo ruido singular les sorprendía dolorosamente.

— Señora, dijo el paje con calma y respeto, no debería ciertamente terminar en presencia de ustedes una discusión

particular, pero la han visto ustedes nacer muy á pesar mío, y, si se digna usted consentir en ello, le presentaré mi acusador, el Señor Eunuco Mayor, á quien pido reparación.

Luego, volviéndose hacia Taxis que se había puesto lívido, prosiguió :

— Caballero, le desprecio á usted muy



sinceramente; es usted necio, ambicioso, servil, no tiene usted tacto ni valor...

— ¿Es un insulto?

— No creo.

— Tomo acta de esa declaración.

— Decíamos, pues, repuso Gilillo sonriéndose, que carece usted á la vez de valor y de dignidad. Sin embargo, estoy

pronto á concederle á usted la honra de un encuentro...

— ¡Pero si no pido tall!

— Se la ofrezco.

— La declino.

— ¿Se niega usted á batirse?

— Caballero, el Eterno ha escrito en caracteres de fuego, en la cumbre del Sinaí, este mandamiento : « No matarás. » Cristo lo ha repetido. Pablo lo ha enseñado á los gentiles. ¿Y espera usted de mí que toque á un arma homicida? ¡No, caballero! Proponerme tal es no conocerme. Quiero seguir el noble ejemplo que he contemplado esta noche en el olivar. También yo tiendo la otra mejilla... Quiero apurar el oprobio hasta las heces... También yo abandono mis miembros al potro de tormento... Pido á usted excusa, caballero. Se la pido públicamente. Saldré victorioso de la lucha con mi orgullo. Ya ve usted : doblo la cerviz, y siento mi corazón confortado.



IX

CÓMO COMPRENDÍA GILILLO LOS DEBERES
DE LA HOSPITALIDAD Á LA ANTIGUA

Es de uso que las jóvenes permitan tocamientos hasta cierto punto; mas la decencia de las actuales costumbres no me permite decirlos cuál.

FISCHER. *Ueber die Probenachte...* etc. — 1780.

Diana la Copetuda y el Rey, guiados por sus huéspedes, ganaron las habitaciones que desde hacía tantos años esperaban la honra de una visita soberana.

Quizá estuviera en el ánimo de Taxis el separar á los dos esposos; pero el trastorno mental en que quedó á consecuencia de su disputa hizo que olvidó hasta las reglas fundamentales de su política corriente.

Así, la suerte desbarataba los cálculos del paje, cosa que le sorprendió mucho. Y peor aún fué cuando, entrando con Pausole en el cuarto en que iba ella á vivir su tercera noche conyugal, echó

Diana á su marido miradas de perdón y de agradecido amor.

Entonces se sintió mordido Gilillo por la viborilla de unos celillos. Aquella mujer que le arrebataban (pues se la arrebataban) adquirió en el acto á sus ojos seducciones fascinadoras. Inquieto por sí mismo, deseoso de enterrar su recuerdo bajo una buena realidad, resolvió buscar por otra parte.

Como joven práctico y determinado que era, tenía sus armas sobre él.

El estuche en que encerraba sus libritos era un necesario completo para aventuras y costumbres, una triple bolsa indispensable dividida en tres bolsillos de desigual importancia.

La primera contenía :

- Un abrochador;
- Seis cintas de corsé;
- Sales inglesas;
- Un veneno inofensivo;
- Polvos blancos, polvos Raquel, polvos de color de rosa (en cajitas de bolsillo);
- Tres varitas de colorete, sin estrenar;
- Alfileres blancos, negros, y de cabeza redonda;
- Horquillas de distintas formas;

- Imperdibles;
- Una peineta con sujetador;
- Un espejo de mano;
- Varios productos farmacéuticos;
- En fin, varios objetos curiosos, si no verdaderamente usuales.

La segunda contenía los tres tomos de versos en que Gilillo había hecho entrar, bajo forma de dedicatorias, de títulos ó de acrósticos, cuatracentos nombres de pila femeninos ó nombres de animales diminutivos colocados por orden alfabético, á fin de poder encontrarlos más fácilmente en medio de las emociones.

— ¡Lea usted, lea usted... esta elegía á Monita***... ¡era usted, Monita! ¡La amaba á usted como un loco, y usted no lo sabía!

El último compartimiento era el de más importancia.

Gilillo conservaba en él una colección de treinta esquelitas : simples declaraciones ó declaraciones que pedían una cita. Dichas esquelitas respondían! : por su variedad, á todos los caracteres, y, por su provisión, á todas las urgencias : en semejantes casos, nunca tiene uno á mano recado de escribir. Las había

tiernas, respetuosas, inflamadas, literarias, tímidas, muy inconvenientes, desesperadas y prácticas. Algunas decían : « ¡No me abandone usted! » Otras : « ¡Pues bien, sí, la amo á usted! » Y, otras : « Vaya usted á tres recados antes de venir, para poder así emplear el tiempo ». Algunas eran casi ilegibles, de tal manera estaba borrada la tinta por gotas de lágrimas.

Tan pronto como una de ellas había pasado de su sitio á una mano, siempre curiosa y temblorosa aun en caso de negativa decidida, Gilillo la copiaba de nuevo de memoria para una ocasión futura, con lo cual quedaba siempre completa la colección Sobres de varios colores, colocados en orden sabido de él, recordaban fácilmente el motivo de la carta, sin que fuera necesario abrirla para ver si en efecto era la que él quería enviar.

De tan preciosa bolsa tomó Gilillo disimuladamente la tercera y la cuarta esquila azul, las cuales, con ciertos matices, desarrollaban este tema : « La adoro á usted. Cometeré la locura de ir esta noche hasta su cuarto. ¡Ábrame, aunque sólo sea para negarme la entrada! »

Y, antes de despedirse de sus hués-

pedes, pudo deslizar en manos de sus hijas, en secreto, uno y otro pliego, con objeto de tener dos probabilidades contra una de olvidar á Diana la Copetuda.

Subió á su cuarto, abrió su maleta, sacó de ella objetos de tocador, y dedicó largo rato á su agradable físico, más por un sentimiento de cortesía que de vanidad, pues, para decir verdad, no era vano ni modesto cuando hablaba consigo mismo, y tan poco le gustaba echarse flores como decirse injurias.

Si algunas bondades habían tenido para él las mujeres, no era, pensaba Gil, debido á su atractivo, sino por lo mucho que había trabajado para obtenerlas, y, por poco que sepa uno aprovecharse de las circunstancias, dos sexos hechos para unirse olvidan pronto las malas razones que creían haber encontrado para no agasajarse mutuamente.

En una hora, los últimos ruidos se apagaron en los últimos pisos; Gilillo, abriendo con precaución la cerradura de su recia puerta, se deslizó por el largo pasillo, y subió quedito una escalera de mármol...

Faltábale á Filis la necesaria expe-

riencia para desempeñar papeles de amorosa : estaba esperándole en el último peldaño.

— ¡Silencio! dijo la joven. ¡Oh qué contenta estoy! ¡Venga usted pronto!

Entraron. Se volvió hacia él :

— ¿Está usted enamorado de mí?
¿Cómo ha sido eso?

No tuvo Gil valor para desempeñar su papel habitual, inútil, además, esta vez. Tomó bajo el brazo á la pequeña Filis, sonrosada y risueña de placer, le dió un beso en un ojo y otro en el rabillo de la boca, pero vivamente y como camarada, y le dijo :

— Es usted muy agradable y muy bonita.

— ¿De veras?

— Muy de veras.

— ¿Qué tengo de bonito?

— ¿No lo sabe usted?

— Nunca me lo han dicho...

— Pues, esto, y también esto, eso, esto :
¡toda usted!

De nuevo se echó á reir la muchacha, y dijo, pensativa :

— Pero las demás jóvenes son más guapas que yo.

— Se equivoca usted.

— Por desgracia, no. Tengo una prima que viene á almorzar con nosotros todos los domingos, y, cuando se quita el vestido en mi cuarto para sentarse á la mesa, me dan ganas de pegarle, de tal manera es más hermosa que yo. ¿No está bien, verdad, el tener tales sentimientos?

— En efecto, su modestia de usted es



ridícula, dijo Gil con ternura. ¿Cómo se imagina usted estar hecha?

— ¿Yo? como una cerilla...

— ¿Porque tiene usted la cabeza sonrosada y el cuerpo blanco?

— Sobre todo porque estoy flaca. No dirá usted que no.

— Diré no en seguida. ¿Usted una flaca? Es usted lo delgada que hay que ser. Las jóvenes de quince años que se

parecen á botijos, encuentran á veces marido porque su doble superficie da la ilusión de la bigamia; pero, amantes, eso ya es otra cosa : pesan demasiado para ser raptadas.

Filis, que se reía con facilidad, dió vuelo á una serie de notas cristalinas, y preguntó muy seriamente :

— ¿Ha raptado usted ya jóvenes?

— Todo un colegio.

La muchacha le miraba con admiración:

— ¡Oh, cuénteme usted!

— Imposible, es un gran secreto.

— Pues sin decir nombres... ¿Dónde ocurrió?

— En Francia. No puedo decir más...

— ¿Qué edad tenían?

— Jóvenes, y muy jóvenes, mezcladas.

— ¿Cuántas entre todas?

Buscó Gilillo un número extraordinario y admisible :

— Treinta y una.

— ¿Ninguna se ha negado?... Por supuesto que no, y no me extraña : ¡es usted tan guapo!... Ya ve usted, le he dicho sí como ellas... Y, aun ellas, al entregarse á usted, quizá supieran lo que hacían; mientras que, yo, no sé nada. Ó casi nada.

— ¿De veras?

— Mi hermana, nunca quiere contarme cuando le pido indicaciones. Lo que sé lo sé por mi prima. Mas, segura estoy de que nunca me ha dicho lo más importante acerca de ese asunto.

— ¿Qué le ha dicho á usted?

Filis vaciló sonriéndose.

— Va usted á burlarse de mí si se lo repito.

— No por cierto.

— Sospecho que habré comprendido mal. Además, no sé todas las palabras... Bueno; usted me corregirá.

Y, contando con los dedos para no olvidar nada, Filis enumeró sus conocimientos, con voz baja, lenta y circunspecta, alzando á veces una mirada alarmada, cual alumna que teme una mala nota.

Gilillo la escuchaba con estima creciente. Tan pronto como hubo acabado de hablar, le dijo él cruzando las manos :

— De veras, señorita Filis, ¿qué es lo que usted cree ignorar?

— Lo malo, contestó sencillamente la joven.

Y se explicó :

— Parece ser que es vergonzoso que

reciba una á un joven en su cuarto... ¿Por lo visto, se hacen cosas malas con él?

— ¡Qué se han de hacer! contestó Gilillo.

— Sí. Papá nos lo prohíbe. Nunca recibe á jóvenes; y, cuando le preguntan que por qué, contesta que tiene hijas. Todo cuanto acabo de decirle á usted constituye, sin duda, maneras de jugar que ningún daño hacen á nadie; por consiguiente, no es eso lo que nos prohíben.

— Por supuesto... Y seguro estoy de que el Sr. Lebirbe las protege á ustedes contra « ciertos » jóvenes, contra los que no saben jugar, ya me entiende usted. Pero, si supiese que jugaba usted conmigo...

— ¿Con usted! Pues de usted es de quien desconfía particularmente. No sé qué ha podido usted decirle esta noche; pero el caso es que le temía como al diablo, tanto, que mandó que una criada pasara la noche sobre un colchón en el pasillo, entre la puerta de mi hermana y la mía; pues mi hermana, acaso lo sepa usted, duerme allá, al final. Galatea no puede aguantar criados, y no le

gusta que la vigilen. Así, pues, le ha dado dinero á la criada, diciéndole que se fuera á dormir á su propio cuarto. ¡Qué suerte! De no haber sido así, no pudiera yo haberle visto á usted.

Esta confianza interesó vivamente á Gilillo. En ambos lados habían dicho sí. Miró á la pequeña Filis y sintió un escrúpulo ante ella. Pensó que, esperado por la mayor, resuelto á conocerla, no tenía derecho á conducir á la más joven á irreparables imprudencias, y que era preferible habérselas con la más responsable de las dos.

Reservado, se limitó, pues, á dar las aclaraciones que le pidió la linda Filis sobre cierto asunto que picaba su curiosidad. También le dió consejos, métodos para soñar despierta y lecciones fáciles, mas no le sugirió nada de que ignorara ella los elementos.

Tan reservado estuvo que, al pedirle la joven que intentara con ella un fatal experimento, contestó que, en una grave enfermedad, había hecho voto de no hacer nunca tal cosa, y que, además, según opinión general, tales violencias acarrearán decepciones.

Dos horas después, se retiró, fingió

bajar la escalera, pero á poco volvió con sigilo y dió dos golpecitos en la puerta de Galatea.

Abrió la joven, la cual tenía una bata muy abrochada. Cerró la puerta, se apoyó de espaldas contra ella, y dijo con suma frialdad :

— Caballero, sé cuanto ha hecho usted esta noche en una habitación de la posada del Gallo...

— ¿Cómo? exclamó Gilillo asombrado.

— Y estoy decidida á no callarlo si se acerca usted á mí sin mi permiso. Y, ahora, escuche bien. Tengo que hablarle.



X

EN QUE GILILLO RECIBE DE LA S^{ta} LEBIRBE UNA PROPOSICIÓN QUE EN SEGUIDA LE SONRÍE.

Ἐγὼ δὲ μόνα καθεύδω.
ΣΑΠΦ.

— ¿Me amenaza usted? dijo Gilillo.

— Le aviso.

— ¿Y, qué ha ocurrido, según sus informes, en esa pieza de la posada del Gallo en la que se pretende que he entrado?

Tomó Galatea en un cajón unos anteojos de oficial de marina.

— Me aburro, dijo la joven. Paso días enteros en mi cuarto, y, no sabiendo en qué pensar, doy rienda suelta á mi imaginación. Por medio de algunos regalos en dinero, he conseguido que mi profesora de inglés me traiga algunas novelas prohibidas; me gustan mucho, pero me las sé de memoria, y las he vivido veinte veces solita. Sé cuanto Andrés Sperelli dice sobre la boca de Elena, cuanto